

Cuento 2015

2do. Lugar

Obra: Los pintores de Tampico

Autor: Luis Adrián Valenzuela Herrera

Seudónimo: Bartleby

Municipio: Río Bravo

## **LOS PINTORES DE TAMPICO**

Por Bartleby

A pesar de que aquel era un mediodía somnoliento, a José, la idea de dibujar algo relacionado con la primavera le llenó de entusiasmo. La instrucción había sido clara: «Realizar un dibujo relacionado con la llegada de la primavera». Y es que era imposible pensar en dibujar algo que no tuviera que ver con esa estación: junto a la ventana, a través de ella, José miraba maravillado las abejas que zumbaban suspendidas en el aire, los insectos salían a recibir la cálida luz del sol y, las aves, en su mayoría mirlos, cantaban postradas en las enramadas de los pinabetes babeantes de la escuela a la que José asistía. Unas florecillas blancas palidecían vibrando a los suaves embates de las ventiscas afrutadas que florecían todo a su paso, y el sonido del aire cálido pasaba de largo dejando atrás una estela de somnolencia.

La profesora, una mujer alta y delgada y de fugaz sonrisa, les había dado una hoja en blanco, y José estaba listo, con lápiz en mano, apunto de realizar el dibujo que finalmente ganaría el concurso. Antes había él visto un dibujo que habría de ser influencia a lo largo de su vida como artista (hoy es un pintor que pocos conocen; lo cierto es que dice haber emprendido un viaje en busca de la verdad —«Hay que abrir una brecha en el arte»—, de su lugar en la vida); en ese dibujo se veía a un niño que vestía un trajecito de manta blanca; estaba sentado bajo la sombra de un árbol enorme, y vigilaba un rebaño de corderos mientras tocaba una flauta de carrizo en lo que parecía ser una mañana soleada. Se veían cipreses a la distancia, de un verde transfigurado por la lejanía. Veinte años atrás, su tía, aquella a la que ya no llegó a conocer, fue quien dibujó y pintó aquella imagen en un mediodía similar a aquel en el que José miraba por la ventana del salón intentando captar algo del mundo.

La mayoría de los niños relacionan la primavera con flores, con mariposas y animales que definitivamente evocan una ternura muy lógica y coherente a la forma en que piensan

ellos; otros se decantan por el colorido de una paraje campesino, pero, para José, todo aquello era ya algo que veía a través de la ventana, algo muy asequible a la vista y, en cierta forma, buscaba algo que no fuera tan evidente, de modo que llevó el lápiz a su oreja, tal y como lo hacen los carpinteros, y se reclinó para pensar un poco. A su mente llegaron varias imágenes: una de ellas era una fotografía vieja que su abuela conservaba en un cajón de su cómoda y que mostraba a su padre, siendo apenas un niño de algunos cinco años, sentado en un jardín con rosales pequeños y unas buganvillas frondosas; el suelo, de tierra oscurecida tal vez por las sombras de las ramas de algún árbol grande, estaba tapizado por pétalos de un rojo escarlata ya muy moribundo.

—Estábamos de visita por Ocampo —le había dicho su abuela—, y el olor de las rosas estaba en todas partes. Aquella era una casa grande, con servidumbre y jardineros altos y encorvados hurgando entre la tierra negra. A tu abuelo, por aquel entonces, le regalaron una cámara para diez fotografías. De inmediato supimos que aquel jardín debía convertirse en una. La verdad es que ni siquiera pedimos permiso para sentar a tu padre junto a los rosales, pero el dueño de la casa, que llegaba ya en un automóvil muy grande, nos dijo que no había problema, que tomáramos cuantas fotos quisiéramos y nos pareció de lo más amable. Siempre que huele a rosas me da por pensar en Ocampo, en aquel señor dueño del jardín donde fotografiamos a tu padre cuando niño y que esperó hasta que la fotografía fue tomada.

Dibujar a su padre, de niño, en aquel jardín, suponía un reto casi inalcanzable, al menos de la manera que a él le hubiera gustado, de modo que descartó la idea. Hacía ya varios días que José salía a una plaza grande, con un tinaco enorme en el centro; llevaba siempre un papalote blanco que su padre le había hecho de carrizo y papel de china, y corría por el pasto para intentar elevarlo cada tarde. Con él, varios niños hacían lo mismo, y quienes no tenían papalote arrancaban una hoja de cuaderno y le amarraban un hilo y corrían por todas partes con la hoja ondeando tras ellos. De pronto se vio a sí mismo volando el papalote; era una tarde fresca, con viento, la plaza estaba rodeada de flores y la parte más lejana parecía estar invadida por un follaje ocre que el invierno había olvidado

a su marcha y que parecía ya un tanto palidecido por el principio de la primavera; varios de sus amigos habían logrado elevar con él sus papalotes. Otros trepaban por el tinaco, y, desde una altura de considerable peligro, oteaban a la distancia, como si fuera la única forma de ver lo que había más allá de la plaza.

José caminó hacia la sombra del árbol en el que había visto al niño que vigilaba el rebaño; amarró el hilo del papalote a la rama más baja, y se alejó rumbo a la casa de su abuela. Las voces y los gritos de todos se fueron difuminando como cuando los pintores lavan con trementina el lienzo de una pintura fallida, y la plaza se fue convirtiendo poco a poco en un paraje cada vez más solitario. Del oeste soplaban un viento sonoro, pero que terminaba por infundir en José una tranquilidad realmente incomprensible. Se podría decir que había él salido ya de las dimensiones de la hoja en la que habría de plasmar su dibujo, y caminaba por una vereda que había conocido antes, en otra ciudad o en otro lugar distante. Llegó a la casa de la abuela, rodeada por un jardín lleno de rosales como aquellos de la fotografía que guardaba ella en el cajón de la cómoda; las ventanas, a lo lejos, parecían de un extraño tono verde limón venido a menos por el inexorable paso del tiempo. El pasto estaba más crecido que en la plaza y, al tacto, se sentía húmedo, como cuando el rocío lo lame por la mañana. El pasto siseaba sinuoso y lento, y el sonido del viento le empujaba hacia la casa en mareas constantes. Dos mecedoras solitarias, balanceándose, como si ocupantes invisibles se estuvieran relajando al fresco de la tarde, le daban la bienvenida. Entró a la casa de la abuela, y le pareció un poco diferente, como si fuera la misma pero muchos años atrás, antes de que él naciera: era una construcción de bloques de concreto, sólidas paredes con sombras suprimidas por la opacidad de los colores trastocados, aparentemente ya perdidos a la vista; tenía un techo de lámina muy escandaloso en los días de lluvia. Las paredes estaban pintadas de dos colores tenues y separados por una cenefa estampada con faisanes de un tono melancólico en lo que suponía ser un desierto.

Encontró a la abuela remendando una camisa con hilo blanco y aguja y un curioso huevo de madera, como una imagen sacada de un recuerdo o de una memoria fugaz y apenas captada por la mente. La camisa era de su padre.

—No me digas —dijo ella—: vienes por el dibujo.

La abuela era llenita, de cabellos grises con ondulaciones plateadas que apenas caían a los hombros. Estaba ella sentada en la cama, junto a una ventana por la que entraba una luz amarillenta, como si fuera el reflejo de un sol coloreado por un niño. José la contemplaba con atención; la mano subía y bajaba precedida por el hilo, mientras ella, absorta en algún pensamiento, tarareaba una vieja melodía. La abuela era una mujer de muchas ciudades visitadas y de muchas palabras, aunque siempre los demás tendían a minimizar sus frases, a sonreír mientras ella contaba o decía cosas que habían pasado y que a ella misma le parecían dignas de ser contadas, y todos aquellos quienes la habían escuchado siempre con atención hasta el anochecer en que murió agarrada al respaldo de la cama, perdida en una fiebre terrible, gritando: «¡Me voy a caer! ¡Me voy a caer!», aunque no a manera de burla, adjudicaron sus historias a la edad, a la decadencia, al irremediable paso del tiempo; incluso también a esa personalidad infantil que florece en uno conforme la vejez se va abriendo paso por la vida. Y fue hasta que estuvo frente a ella y después de enhebrar la aguja más de tres veces que José se preguntó cómo había sido que él había llegado hasta allí, frente a ella, frente a la abuela. Pero la magia de la abuela o de sus relatos era lo que le guiaría en la búsqueda por plasmar en el dibujo todo lo que le maravillaba de las ciudades a las que había él ido, y a las que la abuela había ido y venido una y otra vez hasta reunir todos aquellos relatos que tanto maravillaban a su nieto.

¿Qué niño no piensa que hay algo de magia en los relatos de las abuelas? ¿Qué abuela no se aparta del mundo para atender las curiosidades de sus nietos? La mayoría de ellas siempre con tiempo y con la disposición para escuchar y contar y para apartarse del mundo tal y como se le concibe, y atender al niño invitado a los jardines de la memoria, a los que frecuentemente ellas se retiran, lejos de las personas para perderse entre

recuerdos cenizos y jirones de imágenes borrosas que van y vienen conforme llega alguien a quien contarlas, porque llega un momento en que nuestra edad es sólo un refugio para otros. La abuela dejó la camisa en la orilla de la cama en la que estaba sentada, y del bolsillo de su bata — (una bata fresca y con bordados florales) —, sacó un puñado de gomitas de naranja. Ofreció una a José, y, mientras comían, ella, mirando hacia el techo, como cuando uno busca más allá de lo que uno ve y lo que estamos viendo no representa para nada un obstáculo, recordaba, en voz alta:

—Fue en el otoño de 1975. Ella se quedó sentada, inmóvil y con los párpados cerrados; al menos así la encontramos cuando llegamos aquí de la capital. Anduvimos por San Fernando y luego nos fuimos al Mante, y en Altamira nos llegó el mensaje de que se había puesta malita pero que había mejorado un poco; fue por eso que regresamos. Cuando entramos a Río Bravo pensamos que todo debía ser pura tristeza, pero ya después nos dimos cuenta de que... bueno, está demás decirlo... Tejía ella una bufanda para tu padre; una bufanda que no pudo terminar. Todavía quedaba mucho estambre en el tubo. Por allí debe andar en el guardarropa la bufanda que quedó a medias; es de color azul, el color favorito de tu padre. Pero ahora, lo que más me interesa es encontrar su carpeta de dibujos y todo lo que ella escribía. Ella mismo ordenó sus cosas ahí.

Masticaba ella las golosinas con tranquilidad, mientras miraba a José a los ojos.

—Eres igual que tu padre. Con esas ideas locas que no sé yo de dónde salen, o de quién obtienen, pero son iguales. Tu tía quería tanto a tu padre... Estoy segura que hubieras sido tú su máxima adoración.

»Ella tenía un novio, ¿sabes? No era un hombre guapo, más bien elegante, bien vestido, de frac o de traje. Muy a la antigua. A mí me encantaba; llegaba siempre con flores, para ella y para mí, y se sentaban en la sala y yo los veía y los escuchaba platicar hasta que los ojos no aguantaban más lo que aguantaban mis oídos. Él siempre hablaba de Tampico, de los pintores del puerto y de los barcos a los que se subía y en los que pasaba siempre

sus más grandes temores, como perderse en el mar, en la distancia, temores como nunca más tocar tierra.

»Era marino, pero odiaba el mar. Aunque siempre pensé yo que más que al mar se refería él a que odiaba la distancia; odiaba estar lejos de tu tía. Es un hombre alto, delgado como una varita y tiene un bigotillo muy peculiar que te dará mucha risa si lo llegas a ver, si es que todavía se ve así, y si viste así, o si es que sigue él en tierra. Cuando se descalzaba le decía yo siempre a tu tía que su novio tenía “patas de lengua de vaca”, y nos echábamos a reír las dos.

»Ah... la de cosas que vive uno Tampico. Yo viví un tiempo allá. Todo es tan diferente que llega uno a pensar que allí se termina la distancia. Hay casas coloridas, y a lo lejos se ven unas sobre otras, como si estuvieran todas amontonadas sobre una colina. Son rosas, verdes, amarillas, color melón; todas dulces y rodeadas por árboles de mango; los mangos manila son los más sabrosos, los que más me gustaron. Y luego verás un árbol de ramas extensas; la gente los llama jovito. Da una fruta agridulce, pequeña y amarilla, y de los jovitos se hace una agua fresca que sabe a la impresión que te dejará la primera vez que escribas una carta de amor; y te encontrarás capulines como no los hay en otra parte; están en el monte, muy escondidos, y sólo la luz del sol los delata cuando brillan (si el jugo de los capulines cae en tus ropas nada quitará la mancha). Toma —dijo la abuela, y le dio la carpeta.

José contemplaba uno de los dibujos en la carpeta (la abuela miraba hacia la puerta, hacia el umbral, como si esperara ella alguien que, por alguna razón, no llegaba). Habían poemas a medio terminar y dibujos que no estaban pintados, fotografías y canciones; algunas cartas no enviadas escritas de puño y letra de la tía parecían estar a punto de desmoronarse entre sus manos pequeñas. La carpeta tenía fotografías de ella tomadas por Froilán, su novio de aquel entonces. En una estaba ella vestida de blanco, con la falda ondeando al viento, parada sobre la arena de la playa de la Heroica de Matamoros. En otra aparecía ella en *La Plaza de los Enamorados* de Río Bravo, con un cono de nieve en su mano, sonriendo; llevaba una peineta en forma de mariposa y, tras ella, sobre el pasto, bajo la estructura metálica que sostenía el dornajo más grande de la ciudad y al que

muchas trepaban para mirar hacia la lejanía, algunos niños jugaban con canicas bajo un cielo algodonado. De las últimas fotos que vio, fue la de los pintores del Puerto de Tampico.

En la fotografía se veía a Froilán, de espalda, observando a los pintores realizar sus obras. La foto la debió haber tomado algún amigo de Froilán, o alguna persona que pasaba frente a él; había mucho viento, como la mayoría de los días en el puerto. El aroma de una primavera salina se perdía en los trazos de los pintores; los lienzos apenas y se movían, ya que estaban bien afianzados a los caballetes y los caballetes estaban bien afianzados al suelo. Había más gente contemplando a los pintores y, a la vez, se maravillaban con los barcos y los buques que llegaban uno tras otro de manera constante y sonora, anunciando un éxodo no muy tardío. Ese era un espectáculo aparte. Un niña alta y delgada y de piel cobriza y radiante se acercó a José para ofrecerle comprar una empanada de salpicón, pero se siguió de largo sin decirle nada. José se acercó a Froilán, quien seguía de espalda a quien fuera que mirara la fotografía. Daba unas palmaditas a cada uno de los pintores mientras se pasaba de uno a otro para contemplar las obras que realizaban, pellizcándoles la piel bajo la nuca, como si llevara él a cabo una inspección de cada uno de los pintores y además una especie de prueba sobre resistencia física.

José no cruzó palabra con Froilán; incluso se podría decir que Froilán, aparentemente muy perdido en lugares distantes al que estaba, ni siquiera advirtió la presencia de quien pudo ser su sobrino en otro año y en otro momento, y en cambio siguió mirando los lienzos, con deleite y asombro muy evidentes. Estaba vestido como para una fiesta de noche: con un frac muy antiguo, tal y como llegaba a cortejar a su tía y tal y como la abuela lo había descrito. Era alto, delgado, de ojos pequeños pero de una mirada perturbadora y penetrante, casi oscura o en tinieblas. No tenía el aspecto de un hombre feliz, o sonriente; llevaba el bigotillo curioso, un poco hirsuto y en cierto modo juvenil que tan gracioso le parecía a la abuela. Respiraba con dificultad, como si estuviera agotado o como si recién hubiera él terminado de hacer ejercicio, y castañeteaba los dientes al



inhalar el aire, como si el viento en el puerto fuera mucho más frío para él que para los demás; preguntaba y se contestaba él mismo constantemente.

— ¿Qué es eso? ¡Ah, sí! La pirámide de las flores. Bien, bien. Me parece muy bien. Buenos, muy buenos trazos. Definitivamente esos son unos buenos trazos — decía.

Hasta el puerto llegaba el murmullo de la gente en las calles y en las plazas. Desde que había llegado a Tampico, a José, el aire le parecía edulcorado, y algo en las avenidas le recordaba memorias que no eran suyas sino de alguien más que había estado antes en Tampico, memorias que recorrían las calles y el puerto con un andar fantasmagórico. El atardecer era tan frágil que todo tenía el aspecto de un devaneo entre la gente que se despedía y los que se quedaban a contemplar el buque viajero, que ya salía del puerto, anunciando su marcha con ese sonido tan típico que al escucharlo nos da la sensación de dar el primer sorbo a la distancia. Froilán volteó a ver a José mientras se dispuso a castañetear los dientes para tomar aire.

— ¿Y a ti quién te ha mandado? ¿¡Quién más!?! ¡La abuela! ¡Cómo no! ¿Y cómo está ella, eh? Hace muchísimo que no voy a Río Bravo. No la he visto desde... ¿cuándo? ¡Ah, sí! Desde la última vez que nevó en la frontera. Si no fuera porque me voy al atardecer me quedaría contigo a charlar. Hay mucho que charlar, ¿sabes? Mucho. Guardo muchas cosas de mis visitas a Río Bravo, y todas esas cosas me las llevaré conmigo. En realidad que hay muchísimo más de lo que te imaginas. Yo creo que ya sabrás lo que decía tu tía, ¿no? Eso de que la vida se compone tanto de lo que sucedió como de lo que nunca pasó, ¿verdad? ¿Pero qué vas a saber tú, si sólo eres un niño? ¿A qué has venido? Ah, ya sé: estás aquí por los pintores de Tampico. Pues aquí los tienes. No hay otra forma de regresar a casa que por medio de ellos; es por eso que estoy aquí, ¿sabes?: ya me he cansado de andar del “tingo al tango” por todos lados. De modo que esta vez me voy y no regresaré nunca; pero me llevo conmigo todo lo de mi tierra para mostrarlo al mundo.

»Pero antes de regresar a casa debes saber lo que pintan. ¿Qué caso tiene ver a Nicolás pintar sin saber lo que va de su mente al lienzo? Ninguno. Y si supieras lo que

piensa te agradecerían mucho más sus pinturas. ¿Qué caso tendría verle pintar sin saber qué siente cuando pinta? No tiene ningún caso. Nicolás está pintando un recuerdo de su niñez: hay un niño que pasaba todos los días al caer la tarde frente a su casa; un niño con el que —dice— caminaba por las calles, las más alejadas de su casa, en busca de algo que hacer en aquellas tardes desiertas en sus días de infancia; ese niño está allí, frente al trazo por el cual todavía no pasa el pincel. ¿Lo ves? ¡Claro que lo ves! Con él jugaba a descubrir tesoros; se está pintando a él y a ese niño desenterrando unas monedas en el patio de la casa de su vecino. Dice que allí deben estar todavía. Eso pasó en Mante, cerca del Ingenio donde sus abuelos trabajaron y donde trabajó su padre. Nicolás pinta cañas; siempre hay cañas en sus pinturas.

»Pero quien verdaderamente te va a maravillar es Florencia. ¿Puedes verla? ¡Claro que puedes verla! Es la de sombrero de palma. Ella pinta la catedral de Altamira en un domingo por la tarde, con la gente sentada en los maceteros contemplando un quiosco que no harán sino muchos años más adelante. No hace falta que vea una foto; todo está en su memoria. Ya te imaginarás lo que decía tu tía sobre eso, ¿no? Pues ella pensaba que la memoria es un espejo pañoso que limpiamos a pinceladas. ¿No viene esa frase en uno de sus poemas? Bueno, a mí me parece lo mismo; la memoria, en estos lugares es tan pañoso que cuesta trabajo sacarla al mundo, tal y como lo hace Florencia. Ella es amiga de Susana, la pintora de Jaumave. Esa de allá que pinta la *Poza Azul* llena de gente, observando el vuelo de las guacamayas que van de un árbol a otro en los últimos días de primavera. Allí, los niños se bañan constantemente; no sé tú, pero yo escucho el griterío desde el lienzo; lo escucho y los gritos se van conmigo, se irán conmigo a donde iré a dejar todo esto, a donde esparciré todo esto: los lugares, los recuerdos, los monumentos de nuestra tierra; todo se irá por el mundo.

El cielo se atenuaba. Los pintores seguían muy concentrados en sus trazos, en sus pinceladas; nadie volteaba hacia Froilán, quien, para no variar, se paseaba de un pintor a otro pinchando sus espaldas con un alfiler mientras le mostraba a José cada pintura y cada trazo.

—Esto es lo que se siente cuando te la pasas sentado mucho tiempo esperando por encontrar una forma para pintar eso que traes en tu mente: las puntas de una aguja pinchando tu espalda —dijo.

»Y ese de allá es Jacinto, el que pinta trenes. Pero ahora está pintando la *Estación Palabra* de Nuevo Laredo. Verás que un día la podrás conocer; se ven las nubes grises en temporadas de lluvia desde la altura como en ninguna otra parte podrías verlas (casi al alcance de tu mano); las calles se embeben de las luces de las farolas, y las casas se llenan de nostalgia. Hay voces que uno ni conoce, ¿sabes?, voces que le hablan a uno, que llegan a uno como murmullos del viento al terminar el otoño; al menos eso dice Jacinto con sus pinceladas. Pinta los trenes más hermosos que he visto: les da siempre un tono melancólico, como todo lo que se va, lo que parte de un lugar a otro y que de alguna forma se vuelve a encontrar; los trenes son así para Jacinto: como eternos viajeros. Lástima que ya me voy, si no te contaría más de él. ¿Quieres saber a dónde voy? ¡Claro que quieres saber a dónde voy! Me voy en un buque a conocer el mundo con quien debí quedarme y conocerte a ti. Pero a ella no la conoces, no alcanzaste a conocerla y no creo que puedas conocerla. Mira, mira como pinta los trenes Jacinto... ¿Ves lo que te digo? Pero tú buscas la primavera... ¿No es así?

»Quisiera llevarme la música que pinta el maestro Nochebuena. Ese de allá, el que pinta los músicos. Si vieras con qué pasión y paciencia pinta, como si su vida dependiera de eso, como si no hubiera otra cosa más por hacer en la vida, o en su vida. A los músicos les ha puesto frente a una casa grande y colorida, con árboles de ramas frondosas y de unas hojas de color verde muy intenso que le otorgan una oscuridad muy atractiva a su pintura; si miras bien, más allá de lo que se ve en primer plano, en el patio oscurecido por la sombra, la gente mira a los músicos con asombro y, entre ellos, uno de los niños, mientras la música suena, platica con otro la forma en que han construido una balsa para cruzar la laguna del *Champayánesa* misma tarde, cuando todos sigan en la fiesta; flotarán sobre el agua en esa balsa de troncos e irán en busca de algo que sólo les tornará la vida mucho más divertida y que a la larga se convertirá en recuerdos que llegarán a ellos en

memorias tardías, en pequeñas porciones de sueño. Si supieras cómo se baila por esos rumbos, como se vive la música, como nos alegra el día. Y hablando de música... ¡Qué bonitos son los huapangos! Tu tía y yo los bailábamos en la capital del estado. Cuando extendía su falda llena de flores primaverales y ondeaba al viento en verdad que me volvía loco de gusto con la música, y sonaban mis pies sobre el entarimado y la gente bailaba y gritaba como nunca a nadie he visto tan feliz. Siempre se sonríe uno a una música como esa. Y la gente termina también por hacerlo también.

El atardecer se desenrolla sobre el puerto; el sol baña de dorado las siluetas de los viajeros y de los que se quedan en Tampico y, los barcos, mudos, parecen apaciguarse del ajeteo continuo conforme el sol se torna cada vez más débil y exiguo. El aire salino lleva el encanto que José busca plasmar en su dibujo, y Froilán mira su reloj de leontina que perteneció a su padre y que ha cargado con él desde que tuvo edad para enamorar y enamorarse: “No tarda el ‘Peregrino’ en llegar aquí”, dice, con la vista en el horizonte, o más allá, tan lejos como los lugares de su mente a los que quiere llegar.

—Me llevaré las pinturas. Las llevaré a lugares donde no conozcan nada de nosotros, nada de mí, o de ti, o de ellos: los pintores. Me llevaré las pinturas y en ellas me llevo esta tierra conmigo. Dile a la abuela que la extraño, que quizá nunca vuelva de este viaje y que probablemente no vuelva a verla jamás; dile que no me voy solo. Siempre me quedé con la imagen suya cuando me fui aquella tarde en que me dijo que me hubiera llevado a su hija, que allá sólo se había enfermado ella de pura soledad, que el corazón se enferma de soledad y que yo estaba también enfermo. Quizás tenga razón; pero aquí, José, donde todo es un imaginar constante, se pueden arreglar las cosas. Dile eso: que me voy lejos para arreglar las cosas, que no me voy solo. Díselo cuando la veas de nuevo. ¿Se lo dirás? ¡Claro que se lo dirás! ¡Si tú la quieres tanto como yo la quiero!

»El mundo me espera, José. Lo has leído. Lo leíste en la carta que nunca me enviaron en la que tu tía escribe que «el mundo no sería mundo sin la vida que vivimos.» Las pinturas se van conmigo, y con ellas se van los recuerdos de la niñez de muchos, de la

pérdida, de la agonía, de la felicidad que supone una atardecer tranquilo en una plaza concurrida. Ver las palomas alejarse, perderse entre la lejanía y el cielo rojizo al atardecer entre el la ciudad. Me llevo la tierra mía en el corazón de cada trazo, de cada pincel y de cada aliento que estos pintores han forjado. Me lo llevo todo porque soy aquel que se fue a otras tierras y se ha llevado recuerdos, cosas que sucedieron, y muchas que no. Se lo mostraré al mundo, José. Le mostraré al mundo que aquí también se ríe, que aquí también se sufre, y se sueña y se diluyen sueños que quedan en la nada, en anhelos, en intentos de realidad, José. Les mostraré las maravillas nuestras a quienes menos se lo esperen; conocerán mi tierra, José, nuestra tierra. Eso lo leíste de su puño y letra. Y es exactamente lo que haré: irme a mostrar mi tierra a otras tierras; navegar con la bandera de nuestra gente hasta llegar a otras ciudades.

El acrílico secaba rápido a los aires húmedos del puerto. La gente se apuraba a hacer una fila larga para esperar al *Peregrino* y, tras ella, Froilán, reuniendo cada cuadro bajo sus brazos, se alejaba de los pintores entre la melodía de un trío huasteco que le llenaba de una nostalgia profunda. La jarana sonaba alegre, e intentaba alegrar la tarde, pero Froilán se iba y José perdía la primavera que buscaba en aquel atardecer que se desvanecía entre notas de una música que nunca se ha escrito. La gente apuraba el paso; el “Peregrino” llegó y, José, un tanto cabizbajo, se sentó a contemplarlo a la distancia. Mientras la gente subía, una mujer vestida de blanco ondeaba la mano; llevaba guantes y, su cara, a la distancia, aparentemente bella, estaba cubierta con un velo de novia refulgente a la luz de la tarde. El trío siguió tocando, alejándose hacia la fila, y de pronto todos comenzaron a subir a los buques y a los barcos y el puerto se fue quedando solitario; algunas gaviotas alzaron el vuelo cuando zarpaba el “Peregrino”, y de pronto el puerto de Tampico se quedó vacío, silencioso mientras José observaba cómo la figura de los pintores se desvanecía mientras agitaban sus manos para despedir más a sus obras que terminarían por el mundo que a la gente en el “Peregrino”; el calor fue menguando hasta que, a lo lejos, el sol, una imponente arandela roja, se sumergía en el horizonte con la misma facilidad con que caen las hojas de los árboles en el otoño.

Veinte minutos antes de salir de clase José ya tenía claro qué dibujar; miró por la ventana una vez más la primavera joven que comenzaba un andar ufano y pretencioso. El aleteo de los mirlos, su canto; la inexplicable sensación de vida que nos provoca esa conmoción febril ante cada segundo que respiramos cuando se abren las flores y llega a nosotros el embate de nueva vida en un furor galopante y atrás va quedando la soledad fría del invierno. Puso él por fin la punta del lápiz sobre el papel, y comenzó a dibujar.